

MI LUNA DE BOHEMIO

Cómplice de hermosura que, en derroche de simpatía, tu belleza integra, junto a la boca, y en la blanca noche del rostro, tienes una luna negra.

Es tu lunar la flor de tu sonrisa así como en el cuento de Edgar Poe, tu lunar me obsesiona, me hipnotiza, y te amo, mientras tu odio me corroe...

Lunático y bohemio, amo el traspasado... ¡oh las noches de luna! Tú eres noche y luna tu lunar... Vano es tu empeño

de mirar mi ilusión bohemia trunca: es tu mejilla mi país de ensueño "donde la luna no se pone nunca".

Rafael ROMERO y CORDERO.

Dos anécdotas de Verlaine

Del Libro de Jean Carrere, "Les Mauvais Maîtres"

I En la taberna Una noche de 1892, ascendía yo por la calle Soufflet, en compañía de uno de los seres mejores que haya conocido: el poeta Louis Le Cardonnel. Eramos, entonces, incorregibles noctámbulos y nunca podíamos decidimos a entrar en nuestras casas, felices de acompañarnos mutuamente de puerta a puerta, levantando, en la embriaguez de los años juveniles, químicas cúpulas para el porvenir. De pronto, en la esquina de la calle Saint Jacques, oímos gritos, llamadas, el tumulto de una ríñ. Es que, a la puerta de un despacho de bebidas, traban querella unos parroquianos, retrasados, mientras el rudo patrón los expulsa de su tienda. Nos aproximamos y, ¿a quién vemos, furioso y gesticulando en medio del grupo? A Verlaine en persona, a Verlaine, nuestro maestro, nuestra gloria, nuestra admiración. Nos arrojamnos entre la gresca, cambiamos a la vez golpes y explicaciones con los malandrines que lo rodean y logramos separar al pobre poeta, tanto más fácilmente, dicho sea con franqueza, cuanto que se aproxima un ruido de botas de agentes de policía, que dispersa mejor que nosotros a la banda. Y nos quedamos con Verlaine, todavía trémulo de cólera. ¿Qué ha pasado? Nada grave: provocaciones y arrebatos de bebedores excitados. Pero en el tumulto, Verlaine ha perdido su grueso bastón, sin cuyo apoyo, hacia el fin de su vida, no podía caminar el poeta. Entonces, cada uno de nosotros lo toma de un brazo, y lo acompañamos hasta donde vive, sosteniendo su marcha lenta y pesada.

¡Oh!, esa noche triste y silenciosa, siniestra, en que Verlaine vacilaba a cada paso y, calmado su furor, dejaba escapar quejas y remordimientos! Toda su bondad ingenua, toda su debilidad, vuelta irresponsable, se exhalaban en mezcla de lágrimas y fogosos rencores. ¡Y qué!, era ese el más glorioso poeta de Francia, el mejor dotado de los portalaras, ese andrajoso humano que nosotros arrastrábamos y que bal buceaba y blasfemaba alternativamente. Yo me sentía conmovido hasta el fondo de mi mismo. El, al vernos tan deferentes, tan solícitos, dejaba desbordar su corazón en confesiones:

¡Ah! ¡Qué dolor! ¡Qué dolor verme así! Luego, de pronto, golpeando el suelo con el pie: --¡Soy un puercio! ¡Un puercio! Y se encolerizaba contra sus amigos ausentes.

¿Y los otros? ¿Dónde están? ¿Los cobardes! ¡Ah, qué so lo me dejan!

Le Cardonnel y yo, con la voz dolorida, alentábamos su coraje, consolándolo y esforzándonos en entretenerle como a un niño con palabras halagadoras. Y, paso a paso, llegamos hasta su puerta. Era una antigua casa amoblada, de portero gruñón que mascullaba injurias. Tra bajo nos costó conducir al poeta, de escalera en escalera, hasta el piso en donde habitaba.

Y allí, ¡qué espectáculo! Verlaine golpea. Alguien abre. Una horrible mujer, vieja, fea, desgreñada, de vestidos sórdidos y de voz chillona, comienza a increpar al poeta en el lenguaje de los suburbios: a nosotros también nos insulta, acusándonos de haberle "embriagado su hombre". Esta arpía era, al parecer, la amante del escritor! Y, en ese desván, indigno de un deshojador, era como para llorar de vergüenza ver aquel hombre de genio, derrumbado sobre una silla, con el labio caído, temblando de terror ante una furia que escupía inmundicias a cada palabra.

Le Cardonnel y yo "partimos sin decirnos nada, aniquilados con la garganta oprimida. En la calle, durante un rato, continuamos

mos marchando silenciosos. Un mismo horror pesaba sobre nosotros, impidiéndonos confiarnos impresiones idénticas. Por fin Le Cardonnel tuvo un sobresalto: --¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! --dijo.

Y extendió su mano con un gesto de repulsión.

--¡El pobre hombre! ¡Qué fatalidad! --dijo yo.

--No, no--agregó Le Cardonnel-- eso no es la vida; ese no es una obra. ¡Oh, qué recuerdo!

Y nos separamos, sin atrevernos a hablar de nosotros, oprimidos por una indecible angustia. Cierta tiempo después supe que Le Cardonnel había abandonado París y que, renunciando a la carrera literaria, iba a entrar en las órdenes. Actualmente, es vicario o cura en una pequeña ciudad luminosa de Provenza.

II La lágrima de Mallarmé

El segundo recuerdo data de 1893. Era uno de esos banquetes de "La Plume", cuya truculenta vanidad he referido en otra parte. No sé ya qué "gran hombre" lo presidía. A lo largo de la mesa, se agrupaban legiones de artistas locuaces. Nos disponíamos a sentarnos y los "queridos maestros" se ubicaban en los sitios de honor. Figuraban entre ellos algunas notoriedades oficiales, un poco pasmadas al encontrarse en tal lugar, y algunos amigos sinceros de la juventud, entre los cuales sobresalía Mallarmé. Sin embargo, quedaban 2 asientos vacíos, reservados para dos ausentes. Ya el buen Deschamps daba la señal para que cada uno ocupara una silla, cuando de golpe, la puerta se abrió con estrépito y dos hombres entraron del brazo apoyándose el uno en el otro. Eran Paul Verlaine y Gabriel Vicairé, abominablemente ebrios, que avanzaban hacia la mesa de honor. Nadie se sentaba, esperando que ellos lo hicieran: la escena era cómica y lamentable al mismo tiempo. Esos dos verdaderos, esos dos exquisitos poetas, apenas podían caminar y servían de risa de toda la banda de petimetres y bohemios reunidos en el festín.

--Vamos, mi viejo--decía Vicairé-- un poco de coraje, ¡no faltan más que dos pasos!

Y esa chuscada, esa salida ingenua de buen borracho, provocó una general hilaridad. Yo mismo, que estaba junto a D'Esparbés, no pude dejar de reirme con él. Pero de pronto, al dirigir por casualidad la mirada hacia la mesa de honor, contemplé una escena muda que heló mi sonrisa y me conmovió hasta el fondo del corazón. Detrás de las notabilidades oficiales, q se burlaban contemplando la escena humillante, un hombre, un gran poeta, un sér cuya vida fué siempre de admirable belleza, volvía el rostro para ocultar una lágrima: era Stéphane Mallarmé. ¡Oh! el profundo y sublime dolor que descubri, de súbito, en el alma de ese noble enamorado del ideal, de vida impecable, de obra alta; en esa alma orgullosa a la que desgarraban las risas de los bárbaros y apidaba la lágrima en que habían caído sus hermanos! Guardaré por toda mi vida, la elocuente lección de dignidad humana q me ofreció, en aquella hora ruidosa, la lágrima secreta de Stéphane Mallarmé.

Jean CARRERE.

EL MES QUE VIENE

El gran músico Diciembre, por quien Natura delira tras el bombo de Noviembre está afinando su lira.

Y los seres y las cosas, en comunión general, engalanarán de rosas al gran músico pascual.

Yo que a rítmicos empeños forjo mis flores de tul, le daré un ramo de sueños para su gabán azul. Manuel OCHOA.

Gómez Carrillo y la Mata-Hari

EL ILUSTRE PERIODISTA ESCRIBE A UN DIARIO DE MEJICO

Así, pues, también en México hay periódicos que reproducen la leyenda de mis amores con Mata Hari... Tal como la cuentan los que están enterados de todos los secretos, es una leyenda de sangre, de voluptuosidad y de espanto... Lo único malo, es que yo soy precisamente uno de los pocos escritores que, habiendo vivido en París antes de la guerra, no conocieron ni de vista a la famosa bailadora. Pero eso no importa, según lo asegura Ventura García Calderón en "Comedia", puesto que mientras más absurda y más inverosímil es una de esas historias que corren de boca en boca, más probabilidad tienen de eternizarse. Por eso, sin enfadarme, sin dejar de sonreír, sin pedir a nadie que rectifique, me resigno a llevar en un plato ideal, la cabeza de aquella Salomé que atravesó la existencia en una perpetua embriaguez, para no despertarse de su espléndido ensueño sino en los siniestros fesos de Vincennes.

Los soberanos, sí. Uno de ellos, murió antes que ella. El otro, caballeresco y generoso, pidió personalmente su gracia al Presidente Poincaré. Y aquí es donde yo me pregunto si, después de enterarnos de estas gestiones regias, puede aún cabernos la menor duda de que la bailarina era culpable. Porque para que el jefe del Estado francés haya creído que no debía conceder lo que pedía un monarca amigo, es necesario que haya estado íntimamente convencido de que los crímenes de la acusada eran imperdonables. --E inexplicables-- oigo que me repite mi ilustre amigo Ju-

ne. ¿Entonces?... That's the question. Mejor dicho, tal es el misterio. Y para tratar de desentrañarlo, tal vez lo mejor es pensar en lo más vago y lo más femenino, en lo menos razonable, en lo que a un moralista serio le parecerá siempre fantasia literaria, en lo que sólo se lo relativo al espionaje, sobre todo, hay que darse cuenta de lo que era la atmósfera de las grandes poblaciones neutrales, de Ginebra, de Madrid, de Amsterdam, para comprender la inverosímil facilidad con que los agentes del Kaiser encontraban colaboradores más o menos desinteresados en todas las clases sociales. "En Berna,-- dice el autor de Nach Paris,-- en el torbellino extraordinario provocado por la guerra, el espionaje era cosa corriente a la que todos, más o menos, se consagraban, espíandose los unos a los otros". En los círculos cosmopolitas de Madrid, en el Palacio, en el Ritz, pasaba algo por el estilo. Las bellas aventureras que hablaban lo mismo francés que alemán, no se recataban para penetrar en las embajadas. "Una espía" decíase. Y se decía sin sorpresa, sin recelo, sin asco. Había una inmensa tolerancia, hecha en parte de escepticismo y en parte de costumbre de oír siempre, en todas



---¡Quién hubiera dicho que aquella mujer había de morir fusilada como espía!---exclaman los que la conocieron en los días felices de su apogeo. Y es cierto. A medida que más se estudia, más oscuro aparece el proceso de 1917. ¿Por qué la artista rica, adulada, adorada, había de cometer el más horrible de los crímenes? Los jueces militares dicen: --Por codicia.

Algunos, como el comandante Massart, agregan: --O por despecho contra los franceses que la habían elogiado menos que los alemanes.

Fero esto resulta tan inaceptable, que no es de extrañar que mi ilustre amigo Punoy crea que Mata Hari murió inocente.

--¿Y usted-- me preguntan algunos-- no cree lo mismo?

Con toda franqueza les contesto: --No.

No es posible, en efecto, creer en un error judicial, cuando se tiene en cuenta la energía con que los miembros del Consejo de Guerra proclaman ahora mismo la culpabilidad evidente de la espía.

Veamos, sin embargo, las piezas morales del proceso.

El arte y la belleza, la belleza sobre todo, bastaron a Mata Hari, desde el principio de su libre vida de gran aventurera, para asegurarle una situación envidiable. La misma Carolina Otero, que hasta entonces habíase creído superior a todas las que pretendían heredar su cetro, sintió que la nueva conquistadora iba apoderándose de Estados mucho más vastos que los suyos. Y es que Mata Hari no se limitaba a reinar, como Liana de Pougy, como Emiliana de Alencón, como Rosario Guerrero, como Odette Valery, en un grupo de trasnochadores, entre los cuales había artistas y banqueros, aristócratas y señoritos de familias ricas, pero casi nunca personajes de alta importancia. Mata Hari tenía mayores ambiciones y sabía realizarlas. Mata Hari necesitaba que sus cortesanos fuesen ministros, príncipes, embajadores, generales, académicos. ¡Qué digo! En su bondoir oriental, entre una figurina de Tanagra y un Buda de bronce antiguo, campeaban en sus cuadros de filigrana, las fotografías de dos soberanos que, en sus dedicatorias, se proclamaban admiradores de la gran artista.

explica por el triunfo de la vanidad y la derrota del orgullo, en lo que nos demuestra una vez más, en fin, lo complicado, lo absurdo, lo débil, lo inconsciente, lo bajo y lo ciego que puede ser el corazón humano. Las frases que, en la tragedia de Henri Hirsch, pronuncia el defensor de la bailarina para explicar su crimen son menos falsas de lo q parecen. "No es ella--dice el ilustre abogado--no es ella la responsable sino el egoísmo de los hombres que precipitan a las mujeres en el abismo". Ella, en efecto, fue la víctima de su propio prestigio. Comprendiendo el partido que de sus relaciones podía sacarse, los alemanes tuvieron el arte diabólico de seducirla con halagos pueriles e irresistibles.

"Usted que es la única de comprender... Usted que es la que más influye... Usted que desea la paz... Usted que comprende el error de la guerra... Usted que podría evitar tantas desgracias..." Y la infeliz, que en su endiosamiento se creía merecedora de todas las adulaciones, dejó coger en las redes del espionaje como uno de esos pájaros presuntuosos que, en las fábulas encarnan la petulancia unida a la inconsciencia. Si la hubieran ofrecido una suma cualquiera por ponerse al servicio de los agentes secretos de Berlín, es probable que sólo hubieran conseguido ofenderla. Pero los grandes organizadores de las fuerzas ocultas, los Romberg, los Raibor, los Kalen, eran profundos psicólogos de la más tenebrosa diplomacia. Las palabras que Dumur pone en labios del Ministro alemán en Berna, son auténticas. "Lo que más falta nos hace, son amigos hábiles, de talento superior y de noble carácter, para ayudarnos en París a poner término a la guerra. Esta lucha agota las fuerzas del mundo entero. Los franceses no lo comprenden y hay que hacérselo comprender por su propio bien. Nosotros no o diamos a nadie. Lo que deseamos, es no sucumbir bajo el peso de los cien pu-blos ligados contra el imperio". Y esto que vást para hacer vacilar a un Arrendsen, es lo que, de seguro, hizo de Mata Hari una espía.

¿Os parece mi hipótesis tan débil como las del Comandante Massart? No me extraña. Vistas de lejos, a través del tiempo y del espacio, las peripecias morales de la tragedia europea resultan a menudo inexplicables. En

partes, a todas horas, el eterno es tribullo. Es más; en ciertos círculos, hasta se notaba una cierta simpatía malsana y novelera hacia los seres miserables que, exponiendo su vida, iban y venían, sirviéndose de pasaportes falsos, para ganar la primera de las hectombes, de los naufragios, de las catástrofes. Porque cada buque torpedeado por los submarinos y cada sorpresa en los frentes mal vigilados, era la consecuencia de alguna comunicación del servicio de espionaje. Los jefes militares son los únicos que saben hasta dónde llega la trágica importancia de un dato que para nosotros no significa nada. Pero eso ellos no sienten esas miserias cordias que a los demás nos hacen estremecernos de espanto, cuando oímos pronunciar sentencias inexorables. Escuchad estas palabras, que uno de los jueces que condenaron a Mata Hari, el Comandante Chatin, dirige a su compañero Massart: "Permitame que le felicite por su respuesta categórica a la persona que trata de rehabilitar a la espía H. 21. ¿En qué funda su defensa esa persona? Yo fundo mi seguridad de los crímenes en las pruebas que tuve entre las manos y en las confesiones de esa inmundada espía, que hizo matar tal vez a 80.000 de los nuestros, sin contar a los que perecieron en el mar por causa de sus indicaciones". ¿Os cho ca este tono de odio que no se detiene ni ante la tumba? A mi también me choca. Pero es porque no logro colocarme en el lugar de uno de esos nobles soldados que, durante cuatro años, vivieron obsesionados no sólo por las balas que venían de frente, sino también por los puñales que amenazaban por la espalda. "Estos seres,--dice el fiscal del proceso de Mata Hari,--estos seres feroces que en la sombra preparan las matanzas y que se sirven de su belleza para contribuir a la obra destructora de nuestros enemigos, no merecen sino la muerte y el desprecio; no son seres humanos; son criaturas diabólicas y macabras".

Cierto. Pero ¿se daba cuenta la bailadora, al comunicar a los agentes alemanes los secretos que sorprendía en Francia, de la trascendencia trágica de sus palabras? Seguramente no. Para ella sondear las almas de los héroes que iban a buscar en su alcoba un solaz entre dos combates, debe haber sido un interés en el que su vanidad se interesaba

TIERRA DE PROMISION

La gentil calentana, vibradora y sumisa, de cabellos que huelen a florido arrayán, cuando danza bambucos entristece la risa...; se alegra el susurro de sus faldas de olán.

Es más clara que el agua, más sutil que la brisa el ensueño la llena de romántico afán, y en los llanos inmensos, a la luz imprecisa, tras las garzas viajerías sus miradas se van.

Siempre el sol la persigue, la sonroja y la besa; con el alma del río educó su tristeza al teñir los palmares el postrer arrebol,

Yo, daré mis caricias a su boca sonriente, y los vivos rubores borrarán de su frente esa pálida huella de los besos del sol!

José Eustasio RIVERA.

Consolaciones

por ENRIQUE HEINE

Las mujeres, que sólo tienen un modo de hacernos felices, poseen más de treinta mil para hacernos desgraciados.

Así como las estrellas constituyen el ornamento celeste, los grandes hombres constituyen el ornamento terrenal. Y creo que si se proyectara desde lo alto hacia nuestro planeta atenta mirada, los corazones de los grandes hombres fulgiran en la sombra terrenal lo mismo que puras estrellas.

Todo deleite que no se convierte en escándalo, no existe para la sociedad.

Para no confesar que Cristo ha sido el más grande de los hombres de la tierra, hemos hecho de él el más pequeño de los dioses del cielo.

Los hombres de antaño tenían convicciones; los de hoy sólo tenemos opiniones.

Todo artista es semejante a aquel niño legendario cuyas lágrimas eran perlas. Y la madrastra, es decir, la Vida, lo golpea con codicia cruel para que lllore mucho.

Proviene la desgracia que casi siempre aflige a los genios, de un azar ciego o del choque de su naturaleza privilegiada con tra la vulgaridad circundante. ¿Viene de que su alma se obstina en elevar la realidad, o de que la dura realidad, confiada en el número, pretende ahogar en su anónimo océano el alma grande y libre?

Quien no tenga un mérito positivo, no encenderá nunca pasiones abnegadas ni enconadas.

La cronología es una de las ciencias más útiles. Conozco algunos pobres hombres que, no teniendo en la cabeza más que algunas fechas y los números de las casas donde viven los influyentes, han logrado hasta ser catedráticos.

sin tener en cuenta las consecuencias de sus actos. La halagaba, sin duda, que von Kalen y von Kron, grandes jefes de los servicios secretos en Madrid, le dijeran que ella era la única capaz de obligar a los hombres más importantes de Francia a confiarle sus secretos. Era grato seguramente para su amor propio, el convencimiento de que, gracias al poder de su belleza, los guerreros más esforzados convertíanse en fieles, prosternados, y que, sin darse cuenta de ello, le entregaban jirones de su patria. Le llenaba de orgullo la idea de que su sutileza era tal, que nadie podría, nunca, descubrir sus manejos. Pero si una voz grave le hubiera dicho al oído en los momentos en que, al salir de la alcoba de algún incauto aviador o de algún ingenuo Ministro, que los datos que había sorprendido y q se preparaba a comunicar a los agentes tudescos, iban a causar muchos lutos, muchos dolores, muchas orfandades, muchas miserias, es de presumirse que su conducta le habría causado horror. ¡Qué digo! Es seguro que su sorpresa ante la realidad de sus crímenes, habría sido inmensa y cruel. No hay más que recordar las declaraciones de las personas que estuvieron en su servicio, para comprenderlo... "Era muy buena, era muy generosa, era muy caritativa, era muy sensible a las desgracias ajenas". Así se expresan sus antiguos servidores. Y sus amigos, aún habiendo tenido quejas de su conducta íntima, se ven obligados a reconocer que era una mujer llena de buenas cualidades, muy franca, muy noble de carácter, muy capaz de ternura y sobre todo de afecto.

E. Gómez CARRILLO

El lenguaje interior

por JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Si no os parece mal, dejáremos de razonar o discutir. Así recobramos el uso de la palabra con nosotros mismos, y crearemos en algo.

A la hora de discutir, dice Ramón y Cajal, la posición más firme es la del escéptico; pero a la de obrar, las más firme es la del creyente.

Hamlet, el príncipe de Dinamarca, es un inagotable discuti-dor: discute con Horacio, con O. felia, con Polonio, con los cómicos, con los cortesanos, con su propia madre, con los sepulcrales, con todo el mundo, hasta consigo mismo: "ser o no ser". Eso también es un problema para él.

Y, en resumidas cuentas, Hamlet no piensa ni hace nada, nada bueno, cuando menos: asiste sólo a la extinción de su corrompida estirpe.

Don Quijote, el caballero creyente de la Mancha, razona muy pocas veces, y no discute casi nunca. Tiene mucho que hacer: hacerse digno de Dulcinea. Obra.

Esas dos creaciones geniales, la de Shakespeare y la de Cervantes, encarnan y proclaman aquella verdad; pero no son ni Cervantes ni Shakespeare quienes lo hacen: son Don Quijote y Hamlet, que obran sin la mínima intervención libre o voluntaria de aquellos. El genio no conduce al personaje que crea, sino que es conducido por él.

Cervantes, dice Menéndez y Pelayo, no compuso o elaboró Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que lo vió con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él, y llegó al símbolo sin buscarlo, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había. Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura.

¡Razonar! ¡Argumentar! ¡Discutir!...

Dice Anatole France, hablando de un elocuente personaje: "como el diablo, este señor es un gran lógico; nunca razona mejor que cuando no tiene razón".

Y efectivamente: una boca más autorizada que la de France ha llamado al Diablo: Espíritu de Contradicción.

Si os parece, pues, dejáremos de razonar y discutir, y recobramos el uso de la palabra con nosotros mismos; con nuestro más grave interlocutor.

Preludio

Melancólicos y desengañados a través de las calles, tras los grupos de la gente feliz, somos semejantes, ¡oh hermanos de opaca mirada! a esos astros ennegrecidos que un día se pusieron a girar alrededor de un foco luminoso y continúan eternamente así.

De igual modo nosotros marchamos tras las huellas de las bellas mujeres que nunca han de ser nuestras, y atraídos por la ajena alegría formamos una doliente estela tras los grupos felices.

Nuestra alma vacía es como una copa que llena la ajena plenitud, y por eso, inquietos y aflan-sos como si buscásemos un cuerpo en que encarnar, escrutamos las mejillas rosadas, los ojos flameantes y los pies que marchan con arrogancia, para encadenarnos tras de ellos.

Y semejantes a cometas que han perdido su órbita, nos veis caminar, ¡oh hombres serenos! detrás de vosotros y de vuestras esposas, y nos ven las estrellas, en medio de la noche, marchar tras las huellas de las cortesanas que pintan sus cabellos de un oro semejante al de los carros de la Victoria y tras de los borrachos que cantan y gesticulan como desde una cumbre.

R. Cansinos Assens.